

DIVERTIRSE EN EL INFIERNO

CARLOS ZANÓN

Si algún día muero y el Infierno es tan jodidamente caótico y divertido como imagino tengo muchos y grandes proyectos. Uno de ellos será montar una Escuela de Letras para Escritores de Novela Negra. Debe haber tan malos y aburridos en el Infierno como aquí, en el mundo de los No-Muertos. En esa Escuela de Escritores se impartirían todo tipo de cuestiones esenciales para no escribir historias plomizas, predecibles, acompañadas o sobreactuadas, autobiográficas y/o estúpidas. Se enseñará cómo explicar una historia, qué esconder y qué mostrar. Cómo empearlas como un cohete, agitarlas y servirías agrídules, en su punto de cocción o crudeza. Habrá buenos profesores. Por supuesto. Y, de modo palmario e innegociable, en la clase de Cómo escribir diálogos, el dueño de la cátedra será este tipo.

Levántense de sus asientos.

George V. Higgins.

Ya pueden sentarse.

Un autor, los personajes del cual hacen parecer a los de Tarantino, Leo Messi, que es otro de nuestros perdedores favoritos. El malitismo romántico es otra de las cosas que espero se quede en el Cielo y nos deje, al menos en el Averno, tranquilos a los condenados. Ya lo hemos sufrido demasiado desde hace más de dos siglos, Virgen Santa. Higgins fue un tipo que escribía como quería. Perezoso y sabio al mismo tiempo. Las descripciones, el tomarse la cosa muy en serio o muy en broma. Ser mucho o poco verosímil. Todo eso se la traía al paio. El tipo era bueno dialogando, llevando un ritmo endiablado, siendo divertido y sórdido al mismo tiempo. Conocía el percal, a los tipos que están a un lado y otro de no se sabe qué línea y por eso les pillaba el punto. Porque resulta que para esos tipos no hay línea. Uno hace lo que tiene que hacer como mejor sabe. Sea escribir una obra maestra como *Los amigos de Edlie Coyle* (1970) o asesinar o hacer de piómano en



un inmueble para cobrar el seguro y luego tratar de llegar pronto a casa para que tu mujer no te machaque, ganar dinero para apostar en el canódromo o para llevar a tu madre judía de viaje a Canadá. El bueno de George sabía qué don le había otorgado Dios para explicar una historia: con palabras en fase verborrea hipnótica, fascinante y siempre efectiva. Lo más irónico después de leer un libro de Higgins es que te parece imposible escribirlo sin permitir que sus personajes hablen todo lo que hablan y cómo lo hablan. Su desmesura es la medida justa de las cosas.

George V. Higgins nació en Brockton (Massachusetts) en 1939. Murió a los 60 años. Ejerció como abogado y fiscal, así como de docente en la Universidad de Boston. Colaboró con el Gobierno muchos años en la lucha contra los malos. Su debut como escritor lo hizo con *Los amigos de Edlie Coyle* que el también escritor Dennis Lehane que tampoco es manco, señala como una de las cuatro o cinco obras magnas de la novela negra. Higgins no tuvo suerte en cuanto fama y dólares. Además, su primera novela fue la mejor. Pero esa no repercusión hizo que no se eclipsara el resto de su obra. De hecho, las que Asteroide ha venido sirviéndonos –*Miados suavemente* (1975) y *La rata en llamas* (1980)– son platos deliciosos con su misma y vieja receta. Servidos calientes, engullidos en una tarde y degustados –y copiados– a lo largo de años y años.

En *La rata en llamas* hay un abogado y agente de artistas de tres al cuarto, Jerry Fein, que también es propietario de una serie de inmuebles. Lo que en principio era una buena inversión, deja de serlo cuando los inquilinos –población negra– no paga entre otras cosas porque las condiciones de los apartamentos son desastrosas. El pez que se muerde la cola. Fein urde una manera más efectiva de sacárselos de encima que un proceso de desahucio: prenderle fuego y sacarse de encima arrendatarios y quién sabe si poder cobrar el seguro. Para ello contrata a un par de delincuentes chapuceros – Leo Proctor y Jimmy Danner – que deberán utilizar lo que tengan de su ingenio para sobornar al inspector de incendios, de impagable nombre y apellidos, Billy Malatesta. A todo esto, añadamos un fiscal del distrito dispuesto a conseguir la reelección descubriendo qué está pasando con los incendios y una serie de policías hartos de fiscales y piómanos, John Roscommon y Terry Mooney.

Si has leído sus anteriores novelas, indicarte que *La rata en llamas* es igual de adictiva y de combustión espontánea. Si no has leído nada de Higgins, no lo dudes y muérdela. Pero acepta que con este hombre siempre vas a querer más. Lo bueno es que cuando te mueras y vayas al Infierno ya conocerás al profesor de mi Escuela de Letras post Mórtem. ■